

CARLOS BARELLA CREE QUE SI LOS POETAS HICIERAN LAS LEYES EL MUNDO SERIA MEJOR

La humanidad está saturada de materialismo. — Las controversias se dirimen a cañonazos. — “Porque creo en el sentimiento como fuerza creadora y organizadora, sigo siendo sentimental”. — La charla como expresión de arte. — El afán de lucro ha desmejorado la calidad del teatro nacional. — Iniciativas, como las del Teatro Móvil, son dignas

de aplauso
Por
GEORGINA DURAND



CARLOS BARELLA

ALGUIEN dijo de Carlos Barella: “Es de los que valen por lo que ya han escrito, pero mucho más por lo que le queda por escribir”.

Antes de conversar con él repasamos su producción poética. Tiene hermosos madrigales. Realmente nos parece un paladín de la galantería. Su verso está lleno de imágenes de suave belleza.

Este año tú no prendiste flores en mi ojal, estabas pálida y triste y yo muy sentimental.

Herido por los extraños dardos de viejos dolores como pensé en esos años en que tú me dabas flores!

Al leerlo pensamos que este Carlos Barella debió actuar en el siglo XVIII.

Nos recibe en su oficina, como siempre, dinámico, alegre y expresivo. Se pasea, ágil, al ritmo de sus ideas que fluyen en visiones de paisajes de luchas y de historias. A través de su charla liviana y encantadora, comprendemos que ama la vida en lo más hermoso que ella puede ofrecer, y la gusta con el sibaritismo de un artista de refinada sensibilidad. Si alguien nos preguntara cuál es la característica psicológica que mejor lo define, responderíamos sin vacilar, que es su vibrante y comunicativa afectuosidad. La gravedad y la reticencia no tienen ningún sentido para él, porque Carlos Barella pertenece a ese tipo de artista extravertido que necesita, con una fuerza irresistible, entregarle a los demás la riqueza de su cerebro y la delicadeza de su corazón. Y aprovechamos esta cualidad para hacerle una preguntita:

—De sus actividades de poeta, periodista y actor teatral, ¿cuál se compadrece más con su temperamento?

—Puedo asegurarle que en el desarrollo de esas tres actividades he puesto siempre lo mejor de mi espíritu y de mis iniciativas. Las tres me apasionan y tal vez por eso he tenido éxito en ellas. Mi labor lírica fue premiada con una Flor de Oro, en uno de esos Juegos Florales de antes, cuando esos torneos se realizaban con completa honestidad. Del teatro tampoco puedo quejarme: he estrenado cerca de veinte comedias con éxito, aquí y en el extranjero. Y me ha sido especialmente satisfactorio recibir aplausos de los niños en obras que estrené

para ellos en el Municipal. En el periodismo creo haber actuado con discreción.

—¿Cómo fué su iniciación en el periodismo?

—Entré como repórter a la antigua Revista Sucesos y a la vuelta de cuatro años fui Director de Zig Zag. Claro que esto no quiere decir que esté satisfecho de lo que he hecho. La literatura como todo arte exige una superación constante y siempre estamos esperando hacer algo mejor. Esto resultó angustioso sobre todo cuando las canas y las patas de gallos le dicen a uno que la vida se va pasando, aun cuando espiritualmente sintamos con renovada intensidad el deseo de crear belleza y de gastar o malgastar los últimos arresos líricos y juveniles. En realidad, Georgina, creo que la vejez no existe para los poetas, y menos para mí que vivo derrochando mi sensibilidad y con una capacidad de trabajo que probablemente me envidiarían muchos muchachos. Con esto quiero decirle que el poeta, el autor y el periodista viven en muy buena armonía dentro de mí.

—¿Qué poetas influyen más su espíritu?

—Fundamentalmente Baudelaire, Verlaine, Mallarmé, Villon y Rimbaud. De los de nuestro Continente: Darío, Nervo, Lugones y Santos Chocano. De los chilenos, Pezoa Véliz y Víctor Domingo Silva.

—Si Ud. tuviera que definir su personalidad poética, ¿en qué forma lo haría?

—Definir mi personalidad poética! ¿No sería mejor mi personalidad humana... Bueño, me da un poco de vergüenza, pero soy sentimental, lo que equivale a decir que estoy pasado de moda. Pero creo que no hay obra poética ni teatral ni periodística, si en ella no se pone toda nuestra sensibilidad, porque ella nos da la clave de muchas cosas hermosas. Fíjese que muchas veces he pensado que si las leyes en vez de hacerlas los hombres emotivamente míos, las hicieran los poetas, el mundo sería distinto. ¿Ud. cree que un poeta arrojaría el café al mar, o quemaría vacas, cerdos y ovejas, o destruiría la fruta, en vez de dársela a los pobres? Indudablemente que no. Eso se ha hecho, según dicen los poderosos, para “mantener los precios”, y mire Ud. las consecuencias de esa inteligente medida: el mundo está ardiendo por los cuatro cos-

tados, y la civilización en vías de desaparecer. Culpe-mos, pues, al materialismo de esta catástrofe, a ese materialismo que se burla de los poetas y que ha sepultado al espíritu para enaltecer las manifestaciones más groseras de los sentidos. Y por eso con un poco de rubor, me

declaré profundamente sentimental, seguro de que no puede haber cultura ni sociedad bien organizada, si ella no descansa sobre fórmulas, leyes o códigos que concedan a la parte espiritual del hombre la importancia primordial que tiene. Comprendo por otra parte, que los hombres de sensibilidad superior casi están de más en esta época. Ellos no pueden influir en un conjunto de hombres ofuscados por intereses, pasiones y egoísmos ancestrales. Su voz será apagada por el griterío ensordecedor de los que están arretratar el mundo a cañonazos. Y porque creo en el sentimiento como fuerza creadora y armonizadora, sigo siendo sentimental.

—¿Cree Ud. que la poesía es un proceso de elaboración consciente o subconsciente del individuo que la produce?

—El verso como expresión diáfana del pensamiento humano a veces me parece un milagro. Los poetas portan en

su cerebro una antena que capta la trayectoria de las cosas invisibles, y por eso me inclino a creer que la poesía es un proceso de elaboración del subconsciente. Por cierto no creo en eso que teatralmente se llamaba “la inspiración”, pero estimo que no se puede escribir algo grande y hermoso si no se está en cierto estado de ultrasensibilidad. Pienso también que así como la combinación de ciertos metales produce un cuerpo nuevo, la combinación de individualidades diversas de distinto origen, de distinta ubicación geográfica, de distinta sensibilidad y cultura, produce casos psicológicos de distinta nomenclatura emocional. Creo que esto lo tengo escrito en un soneto de mis mocedades. El soneto es malo pero quiero decirselo.

En mi familia no hubo frailes ni capitanes, ni monjas visionarias, ni bravos mosqueteros; por la rama paterna, nieto de catalanes, con fama de muy buenos y expertos alfareros.

Mi madre carecía de alcurnia, era sumisa, y se dió toda entera al familiar amor; de ella heredé esta angustia que si me martiriza me hace sobrio en el goce y fuerte en el dolor.

Por eso desde el fondo del subconsciente aflora el verso que protesta y la estrofa que llora, cosas extraordinarias que yo jamás viví.

Y de día me asombro y de noche me espanto, porque me he dado cuenta: yo no soy el que canto son todos los abuelos que están cantando en mí!

—¿Cree Ud. que la charla es una forma de arte?

—Indudablemente la charla es una forma del arte y una expresión de calidad espiritual. Es curioso: los dos recuerdos más gratos que tengo de buenas charlas corresponden a dos mujeres. Inés Echeverría, cuya conversación es una fiesta para el espíritu, y doña Blanca Vergara de Errázuriz, esa gran dama viñamarina, que deshilvanaba su charla con una gracia encantadora. Ambas son de una agilidad mental extraordinaria y saben ser, en su oportunidad, piadosamente agresivas.

—Según su concepto, ¿qué artistas u hombres interesantes existen en este país?

—Creo que en Chile hay una falange de verdaderos valores, cuyo único pecado es vivir en Chile. Claudio Arrau fué a buscar el triunfo fuera del país; lo mismo ha hecho Armando Mook, a quien considero un valor continental. Entre los pintores, Fossa Calderón, Benito Rebolledo, de recia personalidad, y Pacheco Altamirano, que, a pesar de todo lo que lo discuten, me gusta mucho. Entre los poetas tenemos a Neruda que, aparte de ciertas extravagancias, me parece un formidable poeta en potencia. De los jóvenes Oscar Castro. Me gusta la prosa de Mariano Latorre, la de Pedro Prado, y hay por ahí un muchacho Nicomedes Guzmán, que me parece, si no lo malogran, un gran novelista en embrión.

—¿Cuál debe ser, según su concepto, la labor del crítico literario?

—Los críticos, a pesar de que me han tratado siempre con mucha deferencia, me interesan poco; sin embargo, estimo que su labor puede y debe ser útil, ya que ellos son los llamados a encauzar la opinión del público en la selección de obras. Y es casi natural que los autores que queramos poco a los críticos, no ve que ellos son los que les hacen la autopsia a nuestras producciones?

—¿Qué piensa Ud. que deba hacerse en nuestro país para ayudar y mejorar la producción y calidad del arte?

—Ayudar a la calidad del arte? Francamente no sé. Yo no creo que aquí falte calidad en la concepción artística, lo que falta es un ambiente propicio al desarrollo del arte. La gente vive demasiado de prisa y preocupada de puras banalidades. Las chicas que antes leían versos y novelas, ahora van al cine, no a ver propiamente la película sino a su artista favorito; por lo demás creo que esta insensibilidad artística es general debido tal vez a que la humanidad está en un período de transición. No olvide Ud. que hace más de

20 años asistimos a un proceso de revolución mundial acelerado por los imperativos económicos, y que eso ha desarticulado la vida espiritual del hombre.

—¿Cree Ud. que la guerra podrá traer una nueva modalidad en las realizaciones artísticas?

—Ha de traerla. La del año 14 dió vida a todas esas escuelas que me abstengo de calificar porque no las comprendo. Pero es evidente que el dolor ha de pretender plasmarse, después de la guerra, en formas más expresivas. No hay que olvidar que la gue-

rra va a alterar fundamentalmente las costumbres, las normas de vida, los dogmas políticos, económicos y morales, y probablemente, el arte va a buscar nuevas canalizaciones para expresar esa nueva forma de vida.

—¿Cree Ud. que por su misma limitación técnica el teatro presenta mayores dificultades que otros géneros literarios?

—No creo que tratándose

de arte exista limitación técnica. El talento del autor equilibra en hacer de su obra una realidad, porque la realidad teatral no es la realidad cotidiana luego su técnica lejos de ser limitada es de un campo de acción inmensa, ya que tiene elementos abundantes para “construir una realidad”. O’Neil, —para citar a uno de los grandes autores teatrales del momento— se aleja sistemáticamente de la realidad, y, sin embargo, sus obras dan la sensación de ser reales. Y eso sucede porque O’Neil domina a fondo la técnica teatral,

además de tener una profunda intuición dramática. El teatro pasa en la actualidad por un período de crisis, debido quizá a este fenómeno de inquietud que agita al mundo. Hay prisa por todo, y el teatro exige reposo, meditación, predisposición de ánimo para escuchar. El advenimiento de la música negra, estridente y desarticulada es un símbolo de la época, y la gente prefiere aplaudir a una muchacha de lindas piernas, antes que escuchar un drama. Pero todo esto tiene que pasar, y, probablemente, uno de los resultados

de esta guerra sea la ordenación espiritual del mundo, no a corto plazo, pero sí, en forma sucesiva y gradual. Y pienso así porque sería desalentador para el género humano imaginar que este gran dolor por el que ha pasado el mundo va a ser estéril. No creo en eso que llaman “arte nuevo” y que Ortega y Gasset calificó de absolutamente impopular. Creo en el teatro que se enraza en el padecimiento humano, colocándose siempre en un plano de utilidad social, pero equidistante de toda ortodoxia. El teatro al servicio de determinadas doctrinas, por sanas que ellas sean, fracasa. Sin embargo, creo en el teatro como vehículo de cultura, como elemento de coordinación nacional y de conocimiento continental. Si nosotros pudiéramos llevar a los países de América una embajada de teatro folklórico y recibir en nuestras salas a los de las naciones vecinas, haríamos una obra realmente americanista, de proyecciones insospechadas para la unidad y fraternidad del Continente.

—A propósito, ¿qué me puede decir del teatro chileno?

—Que es malo, que no hay autores, y los pocos que se dedican a esta actividad lo hacen con desembozado afán de lucro. Y piense Ud. que nuestro Chile, con su historia, sus tradiciones, sus mineros, pescadores y campesinos, ofrece al autor un material riquísimo para construir obras de un alto valor racial, emotivo y social. Yo, como Consejero de la Dirección Superior del Teatro Nacional, presé mi decidido apoyo, y auspicié la construcción de un escenario portátil que ha dado magníficos resultados. Se levanta en cualquier barrio y se da función gratuita a miles y miles de personas. En algunas de esas reuniones y

según cálculos de LA NACION, se juntaron más de 20.000 personas. Posteriormente hemos construido un Teatro Móvil que ya se inauguró, con capacidad para más de dos mil personas, y que tiene la particularidad de poderse trasladar de un punto a otro. Se harán con él giras a provincias donde la escasez de salas impide que la gente vea espectáculos teatrales.

—¿Piensa Ud. que el apoyo municipal ha mejorado nuestro teatro nacional, y qué piensa Ud. de él?

El apoyo municipal no ha mejorado nuestro teatro. Los premios, en la mayoría de las veces, se dan con espíritu de favoritismo. Hay que decirlo bien claro: nuestro teatro es una calamidad, porque los autores lo han industrializado al máximo. En mi concepto habría que empezar de nuevo. Lo que se hace actualmente, salvo honrosas excepciones, es malo y mediocre. La mayoría de los que a esa actividad se dedican carecen de solvencia intelectual y sólo una audacia desmedida los anima a presentar verdaderos atentados contra el gusto, la estética y, muchas veces, atentados también contra la cultura. Con la muerte de Evaristo Lillo, Buhrie, de la Sotta y Bágüena, murieron los héroes de la escena chilena. Ellos deambulaban por pueblos y ciudades haciendo teatro chileno sin claudicar jamás de sus fervientes anhelos de dar vida a un teatro nuevo, con personajes y ambiente nuestros. Sería injusto no rendirles un homenaje ni reconocer todo lo que hicieron por la escena nacional. Por desgracia este impasse del teatro chileno va para largo. No salen nuevos autores. Los verdaderos escritores miran con un poco de desdén el lamentable espectáculo de nuestra escena invadida por mediocres y traficantes. Y los que quedan en la breja sonrían con un poco de melancolía... no hay nada que hacer.

Carlos Barella se enardece hablando sobre teatro nacional. Su cariño por la escena tiene que ser muy grande, y la molestia que le producen los malos autores tiene que ser sincera cuando al atacar los se olvida de que él mismo también es autor.

Al despedirnos nos obsequia un hermoso soneto que nos muestra una vez más sus inclinaciones al verso galante de otro siglo!

Estaban estrebiertas sobre el plano simbolizando la melancolía La helénica blancura de una mano se preocupaba de ellas cada día. Y las ponía al sol. Ellas, las rosas, fueron palideciendo poco a poco ¡rosas! como mujeres caprichosas.

Se enamoraron de un ensueño loco. Y tenían inmensos devaneos; soñaban con el campo y el rocío, y a coro salmodiaban sus deseos, hasta que un día cálido y doliente, sobre el piano, también muerto de hastío, se deshojaron silenciosamente.